



MAYA ERIKSON

y el código de
la pirámide

DESTINO

ISABEL ÁLVAREZ

MAYA ERIKSON

y el código de la pirámide



ISABEL ÁLVAREZ

Ilustraciones de Marina Bruno

DESTINO

Destino Infantil y Juvenil, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrojuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Isabel Álvarez, 2022
© de las ilustraciones: Marina Bruno, 2022

© Editorial Planeta S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2022
ISBN: 978-84-08-25747-9
Depósito legal: B. 6.324-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



—¿Señora Erikson?

Rebeca se giró sobresaltada y vio a un hombre alto y robusto, con un traje negro y gafas de sol. Un paso por detrás de él, otro desconocido aún más grande y vestido igual la miraba con el ceño fruncido.

—Sí, ¿nos conocemos? —preguntó.

—Nos envía el doctor Jones. Por favor, acompáñenos —respondió extendiendo el brazo e invitándola a subir a una furgoneta negra.

—¿Está ahí el doctor Jones?

El hombre miró a su socio antes de contestar y, después, asintió. Rebeca se acercó a la furgoneta dubitativa.

—¿Doctor Jones? —preguntó mientras se asomaba al interior.

No llegó a oír una respuesta; un brazo tiró de ella hacia dentro, uno de los hombres de negro cerró la puerta y la furgoneta arrancó.





1

EL PASAJERO



—Papá, es la hora. —Maya trataba de despertar a su padre, que dormía apoyado sobre su maleta—. Embarcamos por la puerta ocho.

Habían pasado la noche en el aeropuerto de Gatwick esperando un vuelo hacia Alejandría. Maya no había pegado ojo, llevaban días sin tener noticias de su madre y estaba preocupada. Sebastián, sin embargo, había caído rendido en mitad de la noche.

—¡Vámonos! —dijo levantándose de un salto, intentando disimular que llevaba horas dormido—. Tu madre se va a morir de la risa cuando nos vea aparecer, seguro que está tan concentrada en su excavación que no sabe ni dónde tiene el móvil. ¡Yo no soy el único despistado de la familia! —comentaba entre risas mientras caminaban por los interminables pasillos del enorme aeropuerto.

Maya no estaba nada convencida de aquella teoría. Rebeca, su madre, era arqueóloga y le apasionaba su

trabajo. Muchas veces, la descubrían levantándose en mitad de la noche porque no podía esperar hasta que amaneciese para buscar un mapa y señalar la ubicación de una futura excavación, o para analizar las fotografías de algún nuevo hallazgo. Maya la observaba fascinada.

—Llevan ahí miles de años, ¿no pueden esperar un día más? —le preguntaba Sebastián, que no lograba comprender la urgencia.

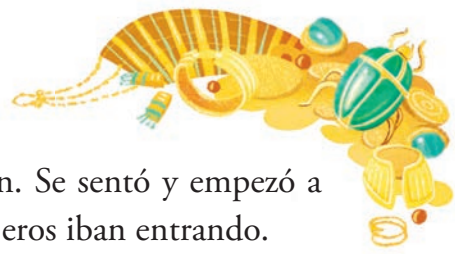
—Hagas lo que hagas, hazlo con pasión —respondía ella guiñándole un ojo a Maya.

Sin embargo, a diferencia de Sebastián, Rebeca siempre lo tenía todo bajo control. Él perdía el móvil varias veces al día y era siempre ella la que le decía dónde lo había dejado, así que un despiste como aquel no parecía propio de ella. Si no los había llamado desde hacía días, seguro que era por un buen motivo.

—Cariño, nos han dado asientos separados —informó Sebastián mirando los billetes mientras entraban en el avión—. Como los hemos comprado a última hora, eran los únicos que quedaban. Si quieres, podemos intentar cambiarlos...

—No pasa nada, papá —lo cortó Maya quitándole el suyo de la mano y dirigiéndose al asiento—. Así aprovecharé para leer el libro nuevo.

Al llegar al aeropuerto, se habían comprado un par de libros para el viaje. Maya había elegido uno sobre Alejandría, pensó que podría venirle bien tener algo de



información del sitio al que iban. Se sentó y empezó a leer mientras el resto de los pasajeros iban entrando.

Cuando estaban a punto de cerrar las puertas, apareció un hombre apresurado.

—Disculpa, ese es mi asiento —dijo señalando el de al lado de Maya.

—Claro.

Maya recogió sus cosas y se levantó rápidamente para dejarle pasar. Después se volvió a sentar, se recolocó y continuó leyendo.

—Perdona la interrupción, por poco me quedo en tierra. Esta ciudad tiene tantas cosas que ver que es difícil no distraerse, ¿verdad?

—No pasa nada —respondió Maya sonriendo sin prestar demasiada atención.

—Me llamo Amir, encantado —se presentó él.

Entonces Maya lo miró; era un hombre esbelto y elegante de unos cuarenta años. Llevaba el pelo engominado y unas gafas azules que se colocaba constantemente.

—Yo soy Maya, un placer.

Amir se acomodó en su asiento, abrió un maletín marrón y sacó un libro grueso con pinta de antiguo. Maya lo miró de reojo, le llamó la atención que la portada fuera completamente negra, ni siquiera tenía título. Cuando lo abrió, vio que tenía un montón de dibujos y símbolos extraños que para ella no tenían ningún sentido.

Ambos se pusieron a leer mientras el avión despegaba,

pero Maya llevaba mucho tiempo sin dormir y le costaba mantenerse despierta. Llevaban solo unos minutos de viaje cuando una turbulencia la sobresaltó y el libro se le cayó al suelo justo entre los pies de Amir, que se agachó y lo recogió.

—Veo que te interesa mi ciudad —comentó mientras se lo devolvía.

—Sí, gracias —respondió Maya sonriendo.

—Es un lugar interesante, sobre todo por su historia. ¿Sabes que hubo alrededor de cincuenta Alejandrías repartidas por el mundo?

—¿Cincuenta Alejandrías? —preguntó Maya.

—Sí, todas se llamaban así por orden del gran Alejandro Magno. La actual Alejandría era la más importante; de hecho, fue la ciudad más grande y poblada del mundo. Allí Eratóstenes calculó el tamaño de la Tierra, Euclides creó su geometría y Galeno escribió su obra médica. Lo que hoy queda de ella ya no es ni un triste reflejo de lo que fue. ¿Es la primera vez que la visitas?

—Sí. Mi madre es arqueóloga y viaja a menudo a Egipto, pero yo nunca he estado. Mi padre y yo nos encontraremos allí con ella.

—¡Arqueóloga! Egipto es un paraíso para ellos, siempre está lleno de investigadores que se afanan por descubrir nuevos misterios. ¿Qué está estudiando tu madre?

—No lo sé exactamente, creo que tiene que ver con las pirámides...



—¡Ah, las pirámides! —la cortó Amir—. Quién no querría estudiarlas, ¿verdad? ¿Sabes que la única maravilla del mundo antiguo que sigue en pie es la gran pirámide de Keops?

—Sí, mi madre me ha hablado sobre ella más de una vez —respondió Maya.

—No me extraña, tiene cuatro mil quinientos años de antigüedad y sigue siendo un misterio. De hecho, se rumorea que un equipo de investigadores ha descubierto que hay al menos dos habitaciones ocultas.

—¿Ocultas? —preguntó Maya.

—Sí, no se sabía de su existencia.

—¿Y qué han encontrado en ellas?

—¡Quién sabe! Todo son rumores, no se revela ninguna información y apenas se habla de ello. Si hay algo allí, lo mantienen en secreto. ¡Quizá tú madre sea la que lo descubra!

—Si hay algo allí escondido, a mi madre no se le escapará —dijo Maya entre risas.

Continuaron hablando sobre Egipto durante el resto del viaje. Amir le contó que volvía de un curso sobre jeroglíficos de la Universidad de Cambridge, de ahí el extraño libro que llevaba. Maya preguntaba y escuchaba sin perder detalle; Amir sabía un montón, e incluso le explicó algunos detalles sobre cómo se leían los jeroglíficos egipcios.

—Mira, esto de aquí es el nombre de un faraón —le

dijo señalando varios símbolos que aparecían dentro de una especie de lazo.

—¿Qué significa el dibujo del pato?

—Depende. Puede que simbolice simplemente un pato, pero también puede significar hijo, o representar el sonido «sa».

—¡Esto es complicadísimo!

—Desde luego —dijo Amir riéndose—. Es como resolver acertijos.

—¿Qué dice en este de aquí?

—Ese es bastante siniestro, dice: «Todos los que entren en esta tumba y hagan maldad contra ella y la destruyan, que el cocodrilo esté contra ellos en el agua y las serpientes en la tierra. Que el hipopótamo esté contra ellos en el agua y el escorpión en la tierra».

—¿Qué quiere decir?

—Es una amenaza. A veces las escribían para proteger lugares en los que no querían que entrasen intrusos.

Hablando de misterios y jeroglíficos se les pasó el tiempo sin darse cuenta, solo el mensaje del capitán al anunciar la llegada los interrumpió.

—Creo que será mejor que despierte a mi padre o se quedará aquí hasta el próximo vuelo —dijo Maya al aterrizar—. Gracias por enseñarme tantas cosas.

—Ha sido un placer, Maya. Espero que disfrutes de Egipto. Si necesitas algo durante tu estancia, aquí tienes mi teléfono —le dijo Amir, y le ofreció una tarjeta.

—Gracias —respondió ella, que se la guardó el bolsillo y caminó hacia su padre.

—Caballero, disculpe —estaba diciendo su compañero de asiento para tratar de despertarlo cuidadosamente y poder salir, pero no lo lograba.

—¡Papá! —gritó Maya mientras lo zarandeaba por el hombro.

Entonces se despertó sobresaltado.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó sorprendido—. Vaya, me ha sentado bien dormir un rato. ¿Qué tal el viaje, cariño? —preguntó mientras recogía sus cosas y se levantaba.

—Ha estado muy bien —respondió Maya mientras se dirigían a la salida.

Salieron del aeropuerto y se montaron en un autobús que los llevó directamente a la puerta de su hotel. Al bajar, Maya sintió el viento caliente en la cara. Se quitó la chaqueta y miró a su alrededor. A su derecha vio el hotel, un edificio de piedra marrón que no destacaba demasiado de los demás. Al otro lado había una carretera llena de coches ruidosos que la separaban del puerto.

—Por aquí —dijo Sebastián dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Señor Hernández? —preguntó un chico uniformado nada más verlos acercarse.

—Sí, soy yo.



—Los esperábamos. Por aquí, por favor —dijo invitándolos a pasar e intentando ayudar a Maya con su maleta.

—No hace falta, gracias —dijo ella sonriendo mientras entraban en el ascensor.

Subieron un par de plantas y llegaron a su habitación. Era una estancia grande y alargada con las paredes de piedra, igual que el resto del edificio. A un lado había dos camas separadas por una única mesita de noche; al otro, un armario no demasiado amplio.

El chico se quedó quieto en la puerta hasta que Sebastián se acercó.

—Muchas gracias por la ayuda —le dijo, dándole la mano y una propina.

—Estaremos abajo si necesitan algo —respondió él mientras se marchaba.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Maya, que se sentó sobre una de las camas en cuanto la puerta se cerró.

—Deberíamos comer algo, ¿no tienes hambre?

—No —respondió rápidamente.

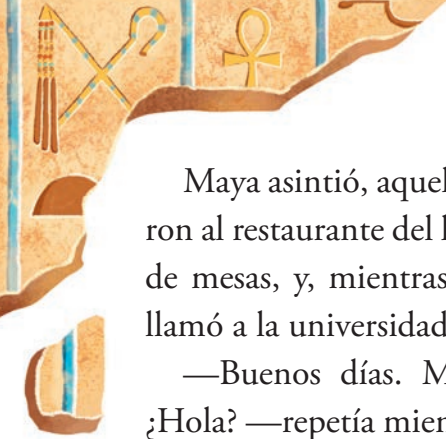
Llevaban muchas horas sin comer y estaba hambrienta, pero no quería posponer la búsqueda de su madre ni un minuto.

—Haremos una cosa: bajaremos a comer mientras consigo el teléfono de la universidad. Algunos de los compañeros de mamá trabajan allí, seguro que ellos saben dónde está.



123

SEBASTIAN



Maya asintió, aquello le pareció una buena idea. Bajaron al restaurante del hotel, una pequeña sala con un par de mesas, y, mientras Maya miraba la carta, Sebastián llamó a la universidad.

—Buenos días. Me gustaría hablar con... ¿Hola? ¿Hola? —repetía mientras se movía de un lado a otro—. Parece que no hay buena cobertura aquí dentro, voy a salir un momento, ¿vale? —le dijo a Maya.

Ella asintió mientras continuaba tratando de descifrar qué ponía en la carta. Sebastián tardó unos diez minutos en volver a entrar al restaurante.

—¡Lo conseguí! —dijo triunfante.

—¿Ya sabes dónde está mamá? —preguntó Maya, mirándolo sorprendida.

—No, pero he logrado hablar con el departamento de Arqueología. Me han dicho que esta noche el grupo de investigadores celebra una cena aquí, en Alejandría, ¡y nos han invitado! Seguro que mamá estará allí, menuda sorpresa le vamos a dar.

Maya miró seria a su padre y luego volvió a contemplar la carta.

—Vale —dijo sin mucho entusiasmo. No estaba tan segura de que su madre fuera a estar en esa cena, pero pensó que quizá sus compañeros podrían ayudarlos a encontrarla—. ¿Cómo vamos a pedir comida? Esto es imposible de descifrar.

La carta estaba escrita en árabe, así que Maya no era

capaz de entender ni una palabra, ¡si ni siquiera usaban las mismas letras!

—No te preocupes, pediremos que nos recomienden algo. Seguro que así acertaremos —respondió su padre mientras llamaba al camarero, que era el mismo chico que estaba en la recepción del hotel.

Solo unos minutos después, tenían en la mesa un Koshari, un plato enorme con pasta, salsa de tomate, arroz, cebolla caramelizada, lentejas, garbanzos, ajo... A Maya le pareció una mezcla extraña, pero decidió darle una oportunidad y le encantó. La alivió haber descubierto un plato que podría pedir durante aquel viaje.

Cuando acabaron de comer, Maya y su padre decidieron subir a la habitación. La cena era tarde, así que tenían tiempo suficiente para descansar y, después, dar un paseo por la ciudad antes de ir al restaurante.

